

“NUNCA PODRÉ AGRADECER BASTANTE...”

LA BEATA MARÍA GABRIELA SAGHEDDU: un camino ecuménico

No se termina nunca de meditar el tema que ha sido elegido para la semana de oración por la Unidad de los cristianos de 2002: “EN TI ESTÁ LA FUENTE DE LA VIDA”, porque es fundamental para el camino de reconciliación entre los cristianos.

“EN TI ESTÁ LA FUENTE DE LA VIDA” es una invitación a reconocer la gratuidad del amor de Dios, que se manifestó para nosotros a lo largo de la historia de la salvación en el crear, sostener, renovar y redimir a la humanidad entera. Una real unificación entre las diversas confesiones sólo puede llegar en la medida en la que reconozcamos que es Otro la fuente de nuestra vida: una vida que nos ha sido dada en la creación y que nos ha sido rescatada en la redención. El hombre por sí mismo no puede obtener la reconciliación: sólo el hombre Jesús, que procede de Dios, puede expiar por nosotros y borrar nuestros pecados; sólo en Cristo podemos nosotros retornar al Padre, convertirnos y ser reconciliados con Él. Jesús es el verdadero *Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*: en estas palabras están recogidos su misterio y su misión, como bien comenta san Cirilo de Alejandría:

“Un solo cordero ha muerto por todos, salvando a todo el género humano y devolviéndolo al Padre. Uno por todos, para someter a todos a Dios: uno por todos para salvar a todos, para que los que vivan no vivan más para sí mismos sino para Aquel que ha muerto y resucitado por ellos” (cfr. 2Cor 5,15).

Llegar a ser ecuménicos significa, ante todo, reconocer que esto es el centro más íntimo del mensaje cristiano. Cuando juntos reconocemos que debemos todo al Señor, nuestro pecado, en lugar de ser ocasión de hostilidad y dureza recíproca puede llegar a ser “*felix culpa*”, ocasión de testimoniar la grandeza de la misericordia de Dios; es un amor más grande que nuestro corazón que ya actúa, sin esperar que curen totalmente las heridas que nuestras culpas han infligido al testimonio cristiano.

La actitud que nos hace vivir en la certeza de que la vida la recibimos de Otro es la gratitud: aprender a agradecer por el hecho de existir, de haber sido redimidos, esto es, reconciliados con Dios sin ningún mérito, y testimoniar con la propia vida este don a los otros. Cuando comenzamos a sentirnos *deudores* en la comparación con Dios llegamos a ser capaces de avistar cosas hasta entonces ocultas a nuestros ojos, nos es dada una nueva clave para poder resolver cuestiones más grandes que nosotros.

En este tema de la gratitud destaca muchísimo el testimonio de la beata María Gabriela Sagheddu, que ofreció su joven vida para que se acerque el día en que, alrededor de la mesa de la Palabra y el Pan, todos los creyentes alaben a Dios con un solo corazón y con una sola alma.

“*Nunca podré agradecer bastante*”, afirmaba María Gabriela. Son palabras que traducen un corazón humilde y agradecido, de quien sabe que sólo puede dar gracias, de quien sabe que no ha correspondido lo suficiente.

Esa gran figura ecuménica que fue la abadesa de sor María Gabriela, la Madre Pía Gullini, al responder al escritor dominico Gastón Zananiri sobre el ofrecimiento de la joven monja, en sus “Cuadernos autógrafos”, expresa así el sentido de este gesto y revela cuales son las condiciones:

“Usted me pregunta si el holocausto de la propia vida es una tradición cisterciense. Pienso que es un deseo de toda alma generosa, especialmente en clausura. No tenemos otra cosa que dar más que a nosotras mismas. Hemos dado todo, nos entregamos por medio de los votos, de una forma normal: queremos ahora subrayar más el ofrecimiento, añadiéndole un significado de consumación sufriente, y la renuncia de la vida con la aceptación de una muerte prematura”.

Es interesante el modo en que Madre Pía habla del ofrecimiento: *es un deseo de toda alma generosa... nos entregamos por medio de los votos de una forma normal... queremos ahora subrayar el ofrecimiento, añadiéndole un significado de consumación sufriente...*

Estas palabras revelan en profundidad la ley del Amor. Quien conoce el amor de Dios, en efecto, experimenta que no puede limitarse a sus mandatos y sus consejos: quiere ir más allá... siente la exigencia de **algo más** otorgado libremente, no porque Jesús le obligue, sino porque percibe que a Él le agrada.

Y ese algo más nutre y robustece la amistad con el Señor; y en ese algo más, que hoy puede ser sólo una intuición, se aprende paulatinamente a dar todo.

Así ha sido la disponibilidad de Gabriela. Pero escuchemos lo que Madre Pía dice de ella: *“Su docilidad, su abandono provenían – me parece – del hecho de que había intuido la grandeza de Dios y, sin analizar sus sentimientos, vivía en la adoración concreta a aquel Dios que la había elegido y que la amaba. Se sentía indigna, pequeña, nada: de esto derivan su humildad y su gratitud”*.

Para la beata Gabriela, el haber intuido la grandeza del amor de Dios trajo como consecuencia su modo de amar a Dios: no tanto un ofrecimiento gratuito, sino una restitución necesaria. El haber intuido la grandeza del amor de Dios no le hace sentirse en la posición del donador, del que piensa tener algo más que ofrecer a Dios porque es bueno y virtuoso... *“Se sentía indigna, pequeña, nada: de esto derivan su humildad y su gratitud”*.

La verdadera moralidad nace de aquí, todo lo demás es solamente moralismo: una planificación virtuosa de la propia vida para la que no es necesario Cristo y menos Cristo Crucificado y Resucitado.

Se entiende bien por qué san Bernardo, en *“De diligendo Deo”* afirma que *“Dios debe ser amado sin precisar una recompensa”* (cap. VII, 17): estamos restituyendo, estamos agradeciendo y esto nunca en suficiente medida: la vida ya nos ha sido dada y redimida con la muerte y resurrección del Señor.

Si, de corazón, esperamos la recompensa, si también sólo pensamos el “merecer” el don de la vocación cristiana, si pensamos dar con esto algo más a Dios, todavía estamos lejos de haber comprendido el amor de Dios.

La memoria agradecida de la salvación inmerecida excava en el corazón el espacio para la sed de la gloria de Dios, la gloria de sólo El; sed que nos hace olvidarnos de todo apego a particularismos, reivindicaciones, exigencias y ambiciones.

Pero escuchemos otra vez como Madre Pía expresa esta experiencia de gratitud:

“No tenía ninguna pretensión, todo le parecía inmerecido, gratuito. Vivía de agradecimiento. El “gracias” era como el respiro de su alma. En sus raras relaciones con las que estaban encargadas de ella, no pedía otra cosa que se le ayudara “a amar siempre más”. Gracias, gracias... La gratitud en la que vivió se dilata siempre más, es como un océano en el que su alma se sumerge y se anega. Ella no saldrá más. En sus labios las palabras para expresar este agradecimiento serán invariablemente sencillas y modestas, pero tendrán el sello de la profundidad que le anima”.

Esta actitud de gratitud fue determinante en la vida de Gabriela y podemos considerarlo como el fruto de su breve vida, fruto que también comprende otras disposiciones que lo verifican y comprueban su autenticidad. Podemos aun leer en los testimonios de Madre Pía cuáles son estas disposiciones del corazón agradecido de Gabriela.

Ante todo su disponibilidad a *dejarse hacer*: Gabriela dijo su SI al Señor, pero después el camino, el modo en el que se concretó la aceptación, lo recibió paso a paso de Él, y ella se dejó guiar. Escribe Madre Pía:

“Su pasión por el menosprecio era algo muy grande para ella, que caminó un paso tras otro, sin querer seguir los caminos más arduos, pero dejándose guiar. Tenía sed de olvido y de sacrificio, una sed continua. No deseó ni vivir ni morir. “Como el Señor quiera”. No devoraba, no quemaba su camino, impaciente por terminarlo: lo terminaba paso a paso, sin apariencias heroicas. Pero el Señor lo quemó, viniendo Él a su encuentro”.

Otra característica de este corazón agradecido es *la no búsqueda de ambiciones*: ningún protagonismo en su vida. Quien es consciente de que se vive solamente para restituir el don recibido no busca el afirmarse, el ostentar; más aún, tiene un cierto pudor a hablar de la caridad en la que participa.

“No tuvo ninguna correspondencia directa con los hermanos separados. Así su donación permaneció íntegra entre ella y Dios; se expresó únicamente en el sufrimiento... Sor María Gabriela era celosa de su caridad, como de su virginidad; tenía el mismo pudor inocente.”

No hacer ostentación significó para Gabriela no buscar ninguna singularidad, sino el sumergirse en la normalidad de la vida común, particularmente en el núcleo profundo de la vida monástica que es la liturgia. El corazón de la beata María Gabriela, tan fuerte y apasionado, y a la vez humilde y esquivo ¿dónde podría encontrar un alimento más adecuado sino en los sagrados misterios de la liturgia eucarística y del Oficio Divino?

Este fue el lugar donde su vida interior se nutrió y fortaleció. Las *mirabilia Dei* escuchadas, interiorizadas, cantadas en la liturgia, nutrieron su amor por el Señor y por la Iglesia, dilatando sus espacios a los confines no sólo del mundo de aquí abajo, sino a aquella misteriosa y a la vez real comunión con la vida de los ángeles y del Cielo que se experimenta en la liturgia. En esto nuestra hermana se sumergió por completo en la experiencia mística de la tradición cisterciense.

“No se podría pensar una vida interior más sencilla que la suya: ninguna audacia ascética, ningún esfuerzo deseado para colocarse sobre este o aquel grado de oración; ningún bagaje de devociones (es decir, de oraciones suplementarias) ni de prácticas añadidas a la Santa Misa, al Oficio Divino”.

Finalmente el corazón agradecido de Gabriela se revelará ante todo en el sentido de pertenencia a la comunidad, en el amor al monasterio, que verdaderamente para ella era Jesús. Escribe Madre Pía:

“Su monasterio era, sencillamente, para ella: Jesús, Su amor, Su voluntad, Su gloria. En cuanto a ella, era Su discípula y Su esposa, imitando a la Santísima Virgen que acogió a Jesús en su seno: “Ecce, fiat mihi”.

Quien sabe que ha recibido la Vida y todo de Otro, no puede no pertenecer también al lugar, a la casa donde El vive. En el monasterio, Gabriela, en la sencillez de su adhesión, se convirtió en discípula del Señor, dijo su “He aquí...” La comunidad se convirtió en el lugar de la escucha y la encarnación de la Palabra de Dios. El lugar donde aprendió a restituir y a decir GRACIAS.

Llegar a ser más ecuménicos significa aprender a agradecer el don de la vida y de la Redención. Decir gracias es la posición verdadera frente a Dios, desintoxica nuestras almas, relativiza nuestros malos humores, cura nuestras divisiones: la conciencia de que de Otro recibimos la vida y la salvación sólo debería hacernos avergonzar por nuestras orgullosas oposiciones y enseñarnos a restituir aquello que hemos recibido.